

MUSULMANES



Hussein, Nasser: La gripe salvadora.

En Rabat, durante cuatro tormentosos días, 25 naciones del Islam se debatieron entre la religión y la política; un enviado de Periscopio cuenta los vaivenes de la asamblea.

Para llegar hasta el hotel, en las afueras de Rabat, el automóvil dejó a un lado la Cheillah, una fortificación de hace siete siglos, y bordeó las terrosas e interminables murallas del palacio real Dar Es Salam (Puerta del Cielo), por una avenida enajada de soldados con metralletas.

En la plaza del Rabat Hilton ondeaban 25 banderas; la Guardia Real, con fez verde y uniforme blanco —bombacha de cien pliegues—, presentó armas. Al detenerse el automóvil frente a la extensa alfombra, se abrieron las puertas del negro Citroën DS 19 que lo seguía y, sin esperar a que frenara, cuatro hombres saltaron para rodear al Jefe Iriani, la mano derecha dentro del saco, presta a desenfundar la pistola. Fue el jueves último, a la tarde.

El Presidente del Yemen, con su áureo alfanje cruzado en la cintura, caudó al Rey Hassan II de Marruecos, que se adelantaba a recibirlo. Un ralo mechón de pelo caía sobre su frente: Hassan había perdido la majestuosa serenidad de otros momentos. Iba a dirigir la ceremonia de clausura de la Primera Conferencia Cumbre del Islamismo, que llevaba cuatro días reunida, desde el 9 rajab de 1389, según el calendario musulmán. En toda cumbre hay ventisca, pero la del miércoles casi hundió la asamblea.

Citada a fines de agosto, tras el incendio de la mezquita El Aksa*, fue necesaria la habilidad negociadora del huésped, Hassan II, para que la Conferencia se celebrase y no terminara en una riña.

Los frutos obtenidos no brillan, como querían los más radicales, por su extremismo: los países musulmanes no árabes mantendrán sus relaciones diplomáticas y económicas con Israel. Desde luego, la declaración final condena la política del Estado hebreo, exige el retiro de las tropas judías de los territorios ocupados, y apoya la "lucha de liberación nacional de los palestinos". Es todo cuanto podía esperarse; o mucho más, si se advierte que varias naciones amigas de Israel —y de USA— suscriben el documento.

De los 35 países mahometanos, diez faltaron a la cita. Gamal Abdel Nasser se hizo representar por el Vicepresidente de Egipto, Anwar El Sadate, que volvió a El Cairo sin asistir a la sesión de clausura. Después de haber respaldado la idea del conclave, Nasser intentó sabotearlo: una gripe le dio el último pretexto para no concurrir (página 47). Siria e Irak rechazaron la invitación; el ala revolucionaria de los árabes sólo contó con un líder: el coronel Huari Bumedienné, Presidente de Argelia. Como es obvio, tenían que vencer los moderados.

No terminaron allí los tropiezos de la asamblea. El lunes 22 por la noche, el Rey Faisal de Arabia Saudita solicitó que la India participara de las deliberaciones. "Con 50 millones de fieles, es la tercera nación musulmana; tiene tantos fieles como todas las naciones árabes juntas", recordó el monarca. El Gobierno de Nueva Delhi había sugerido que, si bien



Hassan II: Un esforzado huésped.

* La mezquita El-Aksa, uno de los tres mayores santuarios del Islam, se alza en la parte vieja de Jerusalén, cerca de la roca desde la cual Mahoma subió al Paraíso, conforme a la tradición musulmana. Construida hace 1.300 años, ha sobrevivido terremotos y la ocupación cristiana; en su interior fue asesinado en 1951 el abuelo de Hussein, el Rey Abdullah de Jordania. El 21 de agosto último un fuego intenso destruyó un sector del edificio. Las autoridades judías detuvieron al cristiano Michael Rohan y lo acusaron del atentado.

DEL MUNDO, UNIDOS

por Armando R. Puente

la India no es un Estado islámico, reafirmaría cualquier compromiso que adoptase la Conferencia.

Resultaba tentador para el universo mahometano inclinar hacia su lado el peso diplomático de la India, sus conexiones e influencias. La propuesta quedó aceptada y la delegación india, encabezada por el Ministro de Industria, Fahrudin Ali Ahmed, salía poco más tarde de Nueva Delhi, con destino a Rabat.

El miércoles por la mañana, el Presidente de Pakistán, general Yahya Khan, no acudió al Hilton. Nueve Reyes y Jefes de Estado lo aguardaron largo rato. Por fin, llamaron por teléfono a la residencia del Embajador Ahmed Balafrej, en el aristocrático barrio de Souissi, donde se alojaba Kahn. "El general está ocupado y no puede atender a nadie", contestó uno de los secretarios. El teléfono sonó una docena más de veces, con el mismo resultado negativo.

Entonces, Hassan, junto con el Cha de Irán y el Rey Hussein de Jordania, visitaron al irreductible militar. "Hace sólo tres meses que asumi el poder —les dijo—. Si me siento al lado de la India en la Conferencia, en un momento en que los indios acaban de asesinar a centenares de pakistanos en Ahmedabad, no duraría un minuto en el Gobierno".

Uno de los miembros de la delegación pakistana argumentaba, en el bar del Hilton:

—Es cierto que en la India viven, y son perseguidos, 50 millones de musulmanes, pero si se resuelve aceptarla porque cuenta con una fuerte minoría de creyentes, habría que invitar a la Unión Soviética, que tiene 30 millones de mahometanos; a la China de Mao, donde hay más de 10 millones; a Yugoslavia, con 2 millones, a las Filipinas, Albania... Para colmo de males, también deberíamos permitir el ingreso de Israel, que tiene 200.000 musulmanes.

La Conferencia se encontraba en un punto muerto y el Comité de Recepción hacía filigranas para impedir que la misión india, ya instalada en Rabat, entrara en la sala de debates. Ese miércoles estaba prevista la clausura de la asamblea y la zozobra cundía.

Hasta entonces se habían discutido cuestiones de procedimiento: fue admitida, en calidad de observadora, la delegación de OLP (Organización de Liberación de Palestina) y se trató de fijar un orden del día. El Cha de Irán, Reza Pahlevi, los Primeros Ministros de Afganistán y Malasia y los Cancilleres de Turquía y Senegal, sostenían en las negociaciones de pasillo que era necesario ajustarse a los temas fijados en la invitación: "La catástrofe de la mezquita de El Aksa y el problema de la Ciudad Vieja de Jerusalén". Faisal y el Emir El Sabah, de Kuwait, hablaban de lanzar un llamamiento al *Chihad* (Guerra Santa). Los libaneses sugerían una "supercumbre" que agrupara a las naciones cristianas y musulmanas, para detener los Santos Lugares. Boumediene y los enviados de Sudán, Libia, la RAO y Guinea, se empeñaron en politizar la Conferencia, sin éxito ninguno.

Entre unos y otros, Hassan II desplegó todas sus dotes conciliadoras. Llevaba cuarenta y ocho horas sin abandonar el hotel e incluso dormía allí, en lugar de ir a palacio. Había salido para acoger a los huéspedes; incluso, esperó en el aeródromo al Presidente de Mauritania, Mokhtar Ould Daddah, y le ofreció la leche y los dátiles, a pesar de que Marruecos se niega



Boumediene: El solitario radical.

considera parte integrante de los territorios del Sur.

"Pretender limitar el temario a cuestiones estrictamente religiosas, no tiene sentido. El sacrilegio de la mezquita es consecuencia directa de la ocupación del suelo palestino por los israelíes", comentó un delegado argelino, Khaled El Hassan, titular de la misión de OLP, apoyó estas palabras con energía: "No nos interesan las cuestiones religiosas, porque nuestro movimiento es laico, pero aquí se habla de Palestina y por eso hemos venido. Esperamos que la Conferencia tome medidas concretas y eficaces: que nos den armas y dinero, que las naciones musulmanas rompan sus relaciones diplomáticas y comerciales con Israel."

El miércoles al anochecer, el general Khan anunció que si la India no era excluida de las deliberaciones, él regresaría inmediatamente a su país. Hussein declaró que haría lo mismo. "La delegación india fue invitada a no asistir físicamente a las reuniones", explicó el elegante Ministro de Relaciones Exteriores de Marruecos, Ahmed Laraki, portavoz de la Conferencia. Mientras jugaba con los lentes oscuros, precisó: "No ha sido expulsada de la asamblea. Se le pidió que no interviniera en los debates."

Horas después, en la sesión de clausura, un hecho simbólico lo desmentía: una de las 26 banderas que adornaban la sala de reuniones —la india— había sido retirada. A la mesa, en forma de herradura, se sentaron 25 misiones; sin embargo, en el documento final, aparece una "Comunidad Musulmana de la India", junto a los nombres de 25 naciones.

Hasta la propia sesión de clausura estuvo a punto de naufragar. Empezó con una hora y media de retraso, luego de un conciliábulo a puerta cerrada que mantuvieron los jefes de delegaciones; la noticia de que en Egipto acababa de estallar una seria crisis de Gobierno, vino a aumentar la tensión existente.

Cuando Hassan II ocupó su sitio de presidente, parecía agotado: había realizado un esfuerzo que sorprendió a todos. Fue el uno de los que con más energía apoyó la presencia de los emisarios palestinos en la Conferencia. No bastó para volcar en favor de ellos a la mayoría de las delegaciones, que prefirieron atenderse a los aspectos religiosos, y no a los políticos, del conflicto entre árabes y judíos.

Por eso bloquearon un proyecto de Hassan II: redactar una "carta islámica" y sentar las bases de una organización permanente. Sólo admitieron que el tema fuese tratado dentro de siete meses, en una reunión de Cancilleres musulmanes a celebrarse en Jeddah, Arabia Saudita. Ni siquiera se leyó, en los debates, un telegrama de Pablo VI al Rey Hassan.

La voz del monarca era ronca e interrumpida constantemente por una tos nerviosa cuando en árabe clásico pronunció las últimas palabras de la Conferencia: "Gracias a Alá, el Todopoderoso, y salud a Mahoma, su Profeta. Gracias a Alá que nos ha ayudado y enseñado el camino a seguir para lograr la unión de todos los hermanos." Un viejo artesano —chilaba y turbante— dejó de sorber su té con menta, en la plaza del Mercado, y me dijo, con alegría:

—Alá se ha dignado darnos una ocasión de unirnos. El Todopoderoso nos guiará para que el Islam recobre la gloria de antaño y sea fuerte desde donde nace el sol hasta el ocaso.

Era una estampa antigua, parada en el tiempo.